

La lectura del libro nos conduce, directa o indirectamente, a otro punto medular sobre el que también no existe un acuerdo común: las intenciones reales de los insurgentes. Todavía nos seguimos preguntando ¿a qué se referían exactamente cuando hablaban de independencia? ¿Con la máscara de Fernando VII trataban de encubrir la independencia absoluta del reino o un movimiento autonomista encaminado a que los criollos ejercieran el poder?

En fin, Landavazo vuelve a poner en la mesa de la discusión temas muy discutidos en la historiografía mexicana, sobre todo ahora en que estamos revisando la guerra insurgente en ocasión de la proximidad del bicentenario, razón por la cual su libro se convierte en una fuente de consulta obligada para los estudiosos tanto de la guerra de independencia como para quienes analizan el nacimiento del Estado moderno.

Jaime OLVEDA  
*El Colegio de Jalisco*

Guillermo PALACIOS: *Intimidaciones, conflictos y reconciliaciones. México y Brasil, 1882-1993*. México: Secretaría de Relaciones Exteriores, 2001, 377 pp. ISBN 968-81-0647-X

Al igual que en el caso de la historiografía de muchos países latinoamericanos, en México la mayoría de las obras de carácter histórico se ha centrado en la "historia interior" del país. En efecto, la reflexión de los historiadores sobre el pasado ha sido marcadamente introspectiva, preocupada sobre todo por entender las raíces interiores del surgir de la nación y de sus regiones. De allí que sean tan importantes obras como la que ahora reseñamos —el libro de Guillermo Palacios que reconstruye la ya larga historia de las relaciones México-Brasil— en tanto rompen estereotipos y obligan a mirar hacia fuera, con el loable propósito de construir una perspectiva más internacionalista de la historia mexicana.

En los últimos años, el Acervo Histórico de la Secretaría de Relaciones Exteriores ha venido publicando una serie de volúmenes que impulsan la reconstrucción de esa historia globalizada de México. El volumen preparado por Guillermo Palacios se inscribe dentro de una excelente "Colección Latinoamericana" que

aspira a ofrecer un panorama de las relaciones entre México y los demás países de la región. En muchos casos, los libros de esta colección se adentran en un terreno poco explorado y por ello han requerido la investigación a fondo en los archivos diplomáticos. Éste es el caso del libro de Palacios, que representa uno de los primeros grandes esfuerzos por depurar tanto los archivos mexicanos como los brasileños para reconstruir la historia de las relaciones bilaterales.

Los casi 200 años de intercambios oficiales entre ambos países han estado marcados por un peculiar juego de acercamientos y distanciamientos, dependiendo de los múltiples cambios en los vientos políticos. Precisamente por ello se requiere tanto una pluma fina como una inteligencia analítica para intentar explicar los vaivenes de una relación tan inestable y frecuentemente conflictiva como ha sido la de los vínculos diplomáticos entre Brasil y México desde la época de la independencia hasta nuestros días. Con base en una cuidadosa revisión de los ricos fondos de los archivos de Relaciones Exteriores de México y de Brasil, Palacios cuenta esta historia trepidante de dos países que han enfrentado grandes dificultades para establecer el intercambio y el respeto mutuo que se merecen, como los dos países más poblados de América Latina.

Ya desde la independencia existía incertidumbre acerca del grado de acercamiento que sería posible lograr en el ámbito oficial entre ambos gobiernos, debido a importantes diferencias políticas puesto que Brasil era un imperio centralista mientras que México constituía el paradigma de la República federal desde 1824. Sin embargo, los dirigentes de ambas naciones reconocían su respectivo potencial como países que tendrían posibilidades de ejercer una influencia más allá de sus fronteras. En 1830 Lucas Alamán escribía a Tornel que se reconocía que Brasil "por la tranquilidad que va tomando su gobierno y la tranquilidad de que goza" era el Estado destinado a desempeñar un papel dominante en América del Sur, "del mismo modo que México lo haría en la América septentrional, por lo menos, claro está, con relación a los países centroamericanos y caribeños".

Paradójicamente, durante más de un siglo no se cumplirían los vaticinios de Alamán. La República Mexicana se vio desgarrada por tal número de guerras que no pudo establecerse como potencia suprarregional. Brasil tampoco logró convertirse en potencia dominante en Sudamérica, con excepción de sus aventuras militaristas en Paraguay en la década de 1860. En la práctica,

los gobiernos de ambas naciones dedicaron mayor atención a sus relaciones con Europa y Estados Unidos que con sus vecinos hispanoamericanos. El fracaso de la misión sudamericana del diplomático mexicano Juan de Dios Cañedo a principio de la década de 1830 —cuyo objetivo era forjar puentes con los principales gobiernos sudamericanos— fue una clara y temprana señal de la incapacidad de los países del hemisferio de establecer acuerdos sólidos entre sí.

El libro de Guillermo Palacios demuestra que la correspondencia de los diversos diplomáticos proporciona una información preciosa tanto para indagar en estos fracasos como en muchos incidentes significativos de la vida política contemporánea. Por ejemplo, los informes del primer representante de Brasil en México, Duarte de Ponte Ribeiro —quien arribó en 1833—, resultan de gran interés por el detalle con que describe los acontecimientos agitados en la capital de la República federal mexicana. Las relaciones se interrumpirían con el establecimiento de la República centralista en 1835, para no retomarse hasta 1842, pero de nuevo, por poco tiempo ya que la inestabilidad política y militar impidió un vínculo duradero. Luego, con el imperio, el intento de acercamiento del archiduque Maximiliano a su primo, el emperador brasileño Dom Pedro II, tampoco prosperó. Evidentemente, seguía tratándose de relaciones a la deriva entre ambas naciones.

Palacios argumenta que pese a acercamientos posteriores, no sería sino hasta 1901 cuando el gobierno mexicano pudo comenzar a construir una verdadera política diplomática con sus vecinos hispanoamericanos y con Brasil. La razón era sencilla: desde entonces se pudieron asignar suficientes recursos para mantener los puestos de ministros y cónsules en numerosos países. Pero fue en 1906, con el traslado de la legación mexicana de Buenos Aires a Rio de Janeiro, cuando comenzaron a estrecharse los lazos con el gigante de Sudamérica. Ello se vinculó con una creciente coordinación en la participación de ambos países en las conferencias internacionales, incluyendo la Conferencia Panamericana celebrada en Rio y la II Conferencia Internacional de Paz celebrada en La Haya en 1907.

Como demuestra el libro que reseñamos, la documentación sobre estas reuniones internacionales que se conserva en los archivos diplomáticos latinoamericanos ofrece un material para futuras investigaciones, apenas en ciernes, que puedan ofrecer una perspectiva más integral de la historia de la región.

Los capítulos que analizan la diplomacia brasileña durante la revolución mexicana demuestran la complejidad de las relaciones interamericanas en el periodo. Palacios subraya la importancia de entender el contradictorio papel de la alianza ABC (Argentina, Brasil y Chile) a principios de la Revolución, y luego el igualmente complicado papel desempeñado por el embajador brasileño en 1913-1914, y especialmente en sus tratos con el régimen de Huerta. Tanto era el enojo de Venustiano Carranza que el embajador de Brasil fue conminado a abandonar el país y durante tres años se suspendió la representación diplomática en México. Sería después, durante la década de 1920, cuando de un lado y del otro se fueron reconstruyendo los lazos oficiales y culturales entre ambos países ya que los vínculos económicos siguieron siendo muy débiles.

La presencia de destacadas figuras políticas de México, como Aarón Sáenz y Pascual Ortiz Rubio, ambos embajadores en Brasil, señalaba que el régimen posrevolucionario le otorgaba considerable importancia a la posibilidad de estrechar lazos con el mayor país de Sudamérica. Y lo mismo puede observarse a partir de la correspondencia de Alfonso Reyes, embajador a principios de la década de 1930 en Rio de Janeiro, y testigo de reuniones interamericanas de importancia en los primeros años de la gran depresión.

El análisis que realiza Guillermo Palacios de la política mexicana y brasileña en la posguerra sugiere que a pesar de los acercamientos que se habían logrado en el periodo de entreguerras, seguía siendo extremadamente difícil lograr acuerdos profundos. Si bien en las décadas 1950-1960, ambos gobiernos estaban en sintonía en cuanto a sus proyectos políticos y económicos —gradual democratización y desarrollo económico nacional—, desde el golpe de Estado militar en Brasil en 1964, el gobierno mexicano marcó distancias. El rechazo formal de la dictadura militar implicó un distanciamiento en las relaciones entre ambos países, el cual se fue relajando lentamente. En efecto, no sería sino hasta el decenio de 1980 y el estallido de la crisis de la deuda externa de los países latinoamericanos, que se pudieron barajar opciones de cooperación más estrechas. Pero de nuevo, la esperanza de la hermandad se vio enturbiada por nuevos acontecimientos. La firma del Tratado de Libre Comercio de América del Norte en 1993 fue vista por las autoridades brasileñas como una inflexión fundamental. Palacios cita una frase lapidaria del embajador brasileño Santos Neves, que revela la decepción: “el TLCAN equivale

a un divisor histórico, a la liquidación del concepto económico de América Latina (y obliga a Brasil) a retomar el concepto geográfico de América del Sur”.

¿Cuál será la naturaleza de las relaciones entre México y Brasil en nuestro nuevo siglo XXI? Los dos gigantes de América Latina no podrán seguir indefinidamente su larga danza de conflictos y reconciliaciones. Ello puede tener altos costos para ambos países, en tanto no pueden seguir descuidando la necesidad de reestructurar las relaciones interamericanas en una forma nueva. El libro de Guillermo Palacios incita a repensar estas cuestiones en función de la experiencia histórica.

Carlos MARICHAL  
*El Colegio de México*

Agustín SÁNCHEZ ANDRÉS, Silvia FIGUEROA, Eduardo MATEO GAMBARTE, Beatriz MORÁN GORTARI y Graciela SÁNCHEZ ALMANZA (comps.): *Un capítulo de la memoria oral del exilio. Los niños de Morelia*. México: Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo-Gomunidad de Madrid, 2002, 440 pp. ISBN 968-7598-85-9

El 7 de junio de 1937 el *Mexique*, de la Compañía Trasatlántica Francesa, tocó tierra en Veracruz en medio del júbilo de una nutrida muchedumbre. Gritos y pancartas acompañaron los discursos de bienvenida con los que altos funcionarios del gobierno y representantes de distintas organizaciones obreras recibieron a los pasajeros: 480 niños evacuados de España para ponerlos a salvo de la guerra. Estos pequeños, vanguardia del contingente de refugiados que llegó a México en 1939 fueron acogidos por el presidente Lázaro Cárdenas como muestra de su simpatía por la causa republicana, iban camino a Morelia, Michoacán, donde deberían permanecer unos meses mientras su país recobraba la paz. Si bien sus familias y las autoridades confiaban en que este exilio sería pasajero, la derrota de los republicanos y la guerra mundial impidieron el regreso a casa de estos niños, conocidos, indebidamente, como “huérfanos” de Morelia. Todos ellos tenían padres que, por diversas circunstancias, se vieron obligados a enviarlos fuera de su patria. En muchos casos nunca se reencontraron.